

La persecución religiosa y la orden de San Agustín en la Independencia de Filipinas*

IV. EL KATIPUNAN, SU HISTORIA Y ACTIVIDAD.

El historiador Soldevila, refiriéndose a las asociaciones secretas que se crearon en Filipinas, derivadas y a imitación de la masonería, dice lo siguiente: «En cuanto a las otras asociaciones, se formaban a imitación de la masonería, y se adaptaban bien a la mentalidad y a los instintos tagalos. Sobresalía la que llevaba el nombre de «Katipunán». Ligados por «el pacto de sangre», sus adeptos consituyeron los elementos más nativos y temibles de la insurrección, la cual, sin embargo, pudo ser dominada pasajeramente por el general Polavieja»¹.

Conviene que nosotros analicemos más despacio y por secciones una afirmación que, si es cierta, es tan general y amplia que apenas dice nada.

1. *Filipinas y la masonería. «La Liga Filipina» y la «Asociación hispano-filipina».*

Fernández Almagro tratando de la masonería en Filipinas, nos viene a decir lo que sigue: De los registros practicados en el Círculo

* Véase ESTUDIO AGUSTINIANO 7 (1972) 71-103; 277-349.

1. F. SOLDEVILLA, «*Historia de España*», (Barcelona 1959), VIII, 387.

Hispano-Filipino, de algunos años atrás establecido en Madrid, y en la redacción del semanario «La Paz», que asimismo se publicaba en la capital de España, resultaron pruebas documentales que más bien se relacionaban con la insurrección de Cuba que con la del Archipiélago de Magallanes. En ambos casos descubrían contactos con la masonería².

Seguidamente, el gran historiador nos habla de don Miguel Morayta, personaje funesto, y que tan relacionado está con este tema capital que nos ocupa. Morayta, era gran Maestro de la Masonería española y presidente, además, del citado Círculo Hispano-Filipino. Todos sabemos cómo, descubiertas sus maquinaciones y su apoyo a los enemigos del sistema religioso y político imperante en España, se puso a salvo huyendo a Francia, y cómo después desde Bourg-Madame protestó «contra la infame suposición» de que se conspirase contra España en aquel Centro «siempre españolísimo».

Ya veremos en seguida cómo Morayta está muy lejos de la verdad. El mismo reconoce, no obstante, que existe en Filipinas una asociación masónica titulada «Oriente español» y otras con quienes vive en pugna. Sin duda que con estas palabras estaba aludiendo al llamado «Gran Oriente Nacional», del que era gran Maestro don José María Pantoja, el cual fue procesado en virtud de una indicación del general Polavieja³.

Que la masonería fue una de las causas principales de la pérdida de Filipinas, ya quedó señalado en el capítulo donde nos referimos a las causas de insurrección. Pero aquí debemos verla en sus trabajos y maquinaciones internas, y sobre todo, en la conexión que tuvo siempre con el Katipunan, principal objetivo de este capítulo, lo mismo que con las demás asociaciones, más o menos secretas que se formaron en el Archipiélago para fines de insurrección.

Bien podemos afirmar, ya desde ahora, que todas las sociedades secretas, desde los iluminados hasta los carbonarios, se constituían al tiempo de fundarse con personal reclutado entre la masonería. Y así

2. M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, «*Historia política de la España contemporánea*», 339.

3. *Ibid.* 340.

bien pudo decir el comandante de la Guardia Civil, Olegario Díaz, en un documento oficial, que «no hay uno solo de los jefes y organizadores de las asociaciones filibusteras descubiertas que no sea mason»⁴.

La interesante documentación reservada que se conserva en el Archivo de los Agustinos de Valladolid, y que perteneció en su día al P. Mariano Gil, nos ofrece notas elocuentes sobre la conexión del Katipunan y la masonería. Gracias a ellas podemos enterarnos de que la masonería había sido el factor principal para el desarrollo en Filipinas, no sólo de las ideas avanzadas y antirreligiosas, sino principalmente para la fundación de sociedades secretas con carácter separatista.

En uno de ellos se nos dice cómo hace unos veinte años -1870- se instaló una logia, la primera dependiente del gran Oriente español; logia que fue inofensiva en su principio, porque la constituían elementos peninsulares con exclusión absoluta de los del país, permaneciendo de este modo hasta el 1890.

Por esta época la colonia filipina, residente en Madrid, Hong-Kong y París, en la que figuraban como exaltados separatistas José Rizal, Marcelo H. del Pilar, Antonio y Juan Luna, junto con otros muchos elementos que estaban en inteligencia con los revoltosos de Manila, hicieron activas gestiones cerca de don Miguel Morayta, gran Maestre del «Gran Oriente Español» en Madrid, y con quien sostenían estrechas relaciones, para que se reformasen los estatutos en el sentido de que pudieran ser afiliados elementos indígenas, y aún más, crear logias en el archipiélago de carácter exclusivamente tagalo.

El documento pasa a decirnos luego cómo, al ser nombrado delegado general el coronel de ingenieros don Alejandro Rojo, hombre de confianza y con amplios poderes de Morayta, llegó en seguida desde Madrid el maestro indígena Pedro Serrano, y ayudado por Faustino Villarruel, Andrés Bonifacio y otros cabecillas de insurrección, todos ellos hombres «de carrera» y de desahogada posición, empezó a hacer una propaganda tan clandestina como eficaz, hasta el punto de que en sólo cinco años lograron constituir ciento ochenta logias taga-

4. M. SASTRÓN, «*La insurrección en Filipinas*», I.^a parte, IV, 46.

las, extendidas por todo el territorio de Luzón y alguna otra región de Visayas.

Señala cómo el carácter del indígena, tan propicio a todo lo misterioso y simbólico, se acostumbró fácilmente a las prácticas de la masonería: iniciaciones, pruebas, juramentos, atributos, señas y predomios, todo ello rodeado de sombras y de misterio.

El propio Morayta se ocupó de construir un consejo regional, dependiente del Gran Oriente español, y al que dio severas instrucciones. Este consejo estuvo presidido por Ambrosio Flores y contaba como vocales a Faustino Villarruel, Flores Mabini, Felipe Zamora, Mariano y Salazar.

Al mismo tiempo se declaró como órgano oficial para toda la masonería filipina el periódico «La Solidaridad», que un año antes fuera fundado en Barcelona por Marcelo H. del Pilar.

El documento habla también del gran Oriente Nacional y de su gran Maestre Pantoja, relator del más alto tribunal de justicia en el Archipiélago, y al que hemos visto citado por nuestro historiador F. Almagro al principio de este capítulo.

Dos notas interesantes apunta el documento en cuestión: una el gran número de españoles residentes en Filipinas, sobre todo militares, que contribuyeron a la expansión de la masonería en el Archipiélago; y otra, la feroz campaña que la secta emprendió contra las órdenes religiosas residentes en Filipinas, de lo cual ya hemos hablado en su lugar respectivo⁵.

Por lo que se refiere a la *Liga Filipina*, fue obra del docto oftalmólogo y principal cabecilla de la insurrección, José Rizal, cuyo desgraciado fin ya conocemos.

Rizal, tagalo, nacido en 1861, esudiante en la Universidad de Madrid, gozaba de una inteligencia muy superior a la mayor parte de sus amigos filipinos, si exceptuamos la cabeza bien organizada y astuta de Andrés Bonifacio. Rizal, al mismo tiempo que estudió medicina, cultivó con éxito la poesía, la novela y el ensayo. Viajó luego por Europa y Asia, con demoradas estancias en Londres y en Hong-Kong.

5. *Archivo Agustinos-Filipinos*, núm. 3985-24.

En estos viajes adquirió una conciencia política de tipo indigenista o racial, lo que evidentemente le habría de alejar de aquel españolismo del que había hecho gala en sus años estudiantiles y del que dio claro testimonio en el famoso brindis con ocasión del banquete, en 1884, al pintor filipino Luna Novicio, por su triunfo en la Exposición Nacional de Bellas Artes, con el cuadro «Spoliarum».

José Rizal en esta ocasión memorable había brindado por «las dos razas que se aman y se quieren política, social y moralmente, nacidas para formar una sola nación en el espíritu»; y había expresado su confianza en que «la Madre Patria, solícita y atenta al bien de las provincias», pondría pronto en práctica las reformas administrativas que largo tiempo venía meditando⁶.

José Rizal se convertiría poco tiempo después en el jefe indiscutible de cuantos intelectuales nativos se volcaron en la lucha de la independencia filipina. Comenzó por crear la «Liga Filipina» en la capital del Archipiélago. A ella sólo podían pertenecer las clases acomodadas o ilustradas, las cuales estaban llamadas a dirigir y sostener con su dinero la insurrección.

Esta «Liga» tendía a una organización verdaderamente avasalladora. Con el fin de congregar en torno de sus aspiraciones de independencia cuanto fuera menester, instituyó un Consejo Supremo en la ciudad de Manila, compuesto por 16 miembros, incluido el Presidente y dos delegaciones del mismo, una en España y otra en Hong-Kong. En cada provincia se creó un «Consejo provincial», y en cada pueblo un «Consejo popular», dependientes del provincial, lo mismo que éste lo estaba del supremo. La cuota por cada afiliado era de un peso de entrada y cincuenta céntimos de peso al mes.

La Liga Filipina» se disolvió en 1894; pero la obra de Rizal no habría de morir en aquel año; gran número de afiliados, de las familias más ricas y tagalos, sobre todo, fueron a engrosar las filas del Katipunan.

En cuanto a la «Asociación hispano filipina», podemos decir que se trataba de un movimiento más de propaganda, no ya sólo y exclu-

6. FERNANDEZ ALMAGRO O. C. 227-28.

sivamente masónico, sino principal y esencialmente revolucionario, encargado de distribuir folletos violentos y candentes proclamas que excitaban a la lucha y a la independencia.

De las imprentas de Europa y de las colonias vecinas a Filipinas salían estos escritos que llegaban a un «Comité de propaganda», creado en Manila por Doroteo Cortés, personaje turbio y que había conseguido hacerse con una no pequeña fortuna litigando con ajenas.

El comité tuvo el encargo de propagar por el archipiélago las doctrinas subversivas y revolucionarias. Además, con el dinero conseguido por este medio sufragaban los gastos de los cabecillas filibusteros que residían en el extranjero, entre ellos Marcelo del Pilar y José Rizal.

A cargo de Marcelo del Pilar corría «La Solidaridad» cuyos redactores formaban parte de la «Asociación hispana filipina», así como también los autores de los más frenéticos escritos contra la administración española; entre ellos: los Luna, y el más famoso de todos, José Rizal.

En el tantas veces citado Archivo de Agustinos-Filipinos vallisoletano volvemos a encontrarnos un precioso documento manuscrito, que nos aclara y confirma con gran exactitud todo esto. De él extractamos lo que más nos interesa para nuestro propósito.

A fines del año mil ochocientos ochenta y ocho Marcelo del Pilar, abogado de Bulacán y filibustero furibundo, considerándose en peligro de ser deportado como consecuencia del expediente gubernativo que se le instruía en la referida provincia, decidió trasladar su residencia a España bajo el amparo de ciertos elementos del país. En aquellos días se creó en Manila un comité de propaganda, formado por Doroteo Cortés, Ambrosio Rianzares Bautista, Pedro Serrano y Deodato Arellano, bajo la presidencia del primero, con la misión de recabar recursos pecuniarios entre los elementos exaltados para propagar por el archipiélago toda clase de folletos y proclamas, encaminadas al desprestigio y escarnio de las órdenes monásticas y de la religión, así como de difundir por el país las doctrinas democráticas. Por último, se convino en nombrar una delegación que dependiera directamente del comité recién constituido, delegación que había de

residir en Barcelona y dedicarse a gestionar de los poderes públicos la concesión para el archipiélago de mayores libertades y la representación en Cortes en primer término. Para sostener y defender estos ideales y algunos más, se autorizó la fundación de un periódico quincenal.

El comité de propaganda, llenó cumplidamente su misión, conquistó todo el elemento pudiente de Luzón, recaudó grandes cantidades y Marcelo H. del Pilar marchó a la península instalándose cómodamente en la Ciudad Condal a costa de sus paisanos.

En enero de mil ochocientos ochenta y nueve comenzó la campaña en unión de su compañero de delegación, Mariano Ponce. Fundaron el periódico «La Solidaridad» y constituyeron la Asociación Hispano-Filipina, a la que se acogieron con gran número de entusiastas indígenas que residían en Barcelona. El comité hacía en Manila grandes progresos, sumaba adeptos y recaudaba fondos, a cambio de la inscripción a «La Solidaridad», que de día en día tenía más lectores, distribuía libros, folletos y proclamas del peor gusto, cobradas a buen precio.

El documento nos dice luego que la Asociación tomó grandes vuelos, y sus miras fueron más lejos. Barcelona ya no era capital que llenara por completo sus aspiraciones. Por lo que decidieron trasladarse a Madrid, ancho campo para dirigir los complicados y secretos hilos de la conspiración.

En enero de 1890 se instaló, por tanto, en Madrid la Asociación hispano-filipina, la delegación y el periódico «La Solidaridad». Morayta aceptó la presidencia de la asociación y se hizo propietario del periódico, del que tan buenos rendimientos esperaban, contando con la tirada de un crecido número de ejemplares para suscripciones forzosas entre la masonería y los asociados, que se cobrarían a un peso la suscripción de cada ejemplar.

Desde este momento, Morayta se hizo el ídolo de los indios revoltosos, que le consideraban como a un redentor. Nadie ignora los trabajos que dicho señor hizo en España tanto en el periodismo como cerca de los poderes, para recabar la representación en Cortes, la

libertad de asociación y de impreta, la autonomía municipal y, hasta embozadamente, la de la colonia. En la mente de todos se conservará el recuerdo del banquete que los filipinos inspirados por Morayta dieron en Madrid al Sr. Labia, diputado autonomista por Cuba, y nadie habrá olvidado la proposición presentada al Congreso por el señor Junoy, diputado republicano, asimismo inspirada por la asociación y la delegación que presidía y protegía Morayta. ¿Quién, no siente indignación al recordar los artículos publicados en «La Solidaridad» por los filipinos katipuneros M. Ponce Jaena, Eduardo Lete, Tagailog, Antonio Luna, Juan Totoo, J. Zuleta y Kupang ó Maitalagá y M. del Pilar?

A la conciencia española no podían satisfacer los libros y folletos inscritos en Madrid por Rizal —que ya se había unido a la asociación Hispano-Filipina— Luna y López, y los infinitos libelos impresos que circulaban plegados de falsedades y calumnias. En esta misma línea estaba el Dr. Blumentrit, el cual hizo causa común con muchos enemigos de España.

Afortunadamente, estos trabajos no obtuvieron resultado práctico en la Península, pero infiltraron en el elemento indígena de alguna cultura recelos y desconfianzas hacia la metrópoli, descontento encubierto con las autoridades de las Islas, y por último, el germen de aspiraciones que nunca podrían realizarse, pero que desgraciadamente hoy está dando sus frutos.

Fue organizado, asimismo, en Madrid un casino de recreo llamado Centro «Filipino», el cual solamente puede ser comparado a un club revolucionario; en él se discutía, se criticaba y se injuriaba a España, amparados en la ley de asociación que regía en la Península entonces y escudados por la hipocresía y el engaño.

La rivalidad personal y la falta de moralidad en la administración de los fondos que de Manila remitía el comité de la propaganda originó una grave disidencia entre los apóstoles del filibusterismo filipino, Rizal y Pilar. Con el primero se fue el elemento joven e impetuoso; con el segundo el maduro y reflexivo. Los dos colaboraban en la misma línea, mas por distintos procedimientos: el uno,

resueltamente descarado y hostil: el otro, enmascarado con la hipocresía y la calma. Ambos, ambiciosos, se repartían los provechos derivados de la situación. Cambió el panorama con la marcha de Rizal a Filipinas en 1892. Pilar quedó entonces como dueño absoluto del campo en Madrid.

El comité de propaganda, entre tanto, no estaba inactivo. Creó delegaciones en todo el archipiélago, y, por medio de ellas, hacía llegar «La Solidaridad» y toda clase de impresos revolucionarios hasta el último rincón del país, previo el pago, por supuesto, de la cuota correspondiente ⁷.

También poseemos referencias interesantes sobre la «Liga Filipina». En el documento se da cuenta de la conducta seguida por su fundador José Rizal, el cual, indultado por Despujols, después de mil protestas de falso arrepentimiento, volvió a Manila en Mayo de 1892 y empezó una campaña de propaganda escandalosa.

Lo primero que hizo fue convocar una reunión en la casa de un mestizo chino, en Tondo, y a la que asistieron los cabecillas que ya conocemos. Rizal expuso el motivo de aquella reunión, el cual no era otro que el de crear una sociedad secreta, que se llamaría «Liga Filipina», para fomentar el progreso del país y lograr la emancipación de España.

La deportación oportuna de Rizal desconcertó a los conjurados y el pánico los dispersó de momento. Pero en los comienzos del año 1893 se reanudaron los trabajos de formación de la sociedad, unas veces en el domicilio de Domingo Ramos y otras en el de Deodato Arellano, hasta dar feliz cumplimiento a los deseos del fundador. El reglamento de la entidad fue aprobado en seguida y nombrado el primer Consejo Supremo ⁸.

Se nos habla luego de la organización de la Liga. Sus fines concretos eran la independencia de las Islas; sus medios la propaganda de ideas políticas avanzadas, valiéndose de conferencias, libros, fo-

7. *Archivo Agustinos-Filipinos*, núm. 3985-24.

8. Este quedó constituido de la siguiente manera: Franco, presidente, Arellano, secretario y tesorero; Francisco Jiscal, Zulueta, Legazpi, Bonifacio, Paez, Narpil, Adriano, Mabini, Rianzares y Flores, consejeros.

lletos y sobre todo, el periódico citado arriba «La Solidaridad», que se declaraba órgano oficial de la asociación.

Todo iniciado estaba en la obligación de hacer propaganda por todos los medios a su alcance, de aumentar el número de asociados, de guardar el secreto bajo severísimas penas, y de obedecer ciegamente a los líderes y superiores.

Se descende a detalles de la organización de los consejos provinciales, populares y de la cuota que se debía cobrar, tanto a la entrada como mensualmente.

Y es interesante como dato que la eterna cuestión del dinero originó un serio disgusto entre Rizal y la Liga, por lo que cesaron sus relaciones oficiales. Las cuotas no se cobraban, o se cobraban mal, y los encargados de custodiar los fondos de la Asociación se convertían en seguida en unos malversadores. Este fue el motivo principal de desprestigio de la Liga Filipina y que durase poco tiempo, a pesar del gran apoyo moral y económico que tuvo al principio.

A principios de 1894 y cuando apenas llevaba un año de existencia, los jefes determinan disolver la asociación, no sin antes convocar una gran asamblea de jefes y recoger cuantos documentos pudieran comprometer sus vidas. Disuelta la Liga, los consejos populares y las distintas secciones se refundieron en las logias masónicas, las cuales se encargaron de continuar los trabajos de aquella, cosa facilísima si se tiene en cuenta que no había ni uno solo iniciado en la Liga que no fuera masón.

Por esta época los japoneses habían conseguido una gran victoria sobre el pueblo chino. El Japón se puso de moda en Filipinas y sus habitantes lo escogieron como modelo de cultura, de riqueza, de libertad, fuerza y poderío. Los cabecillas de la insurrección sueñan con el apoyo japonés y a ello encaminaron sus gestiones. Doroteo Cortés y otros compañeros emigran a Yokohama, y allí establecen un comité separatista en conexión con el de Manila, Marcelo H. del Pilar trata de abandonar España para unírseles; pero en Barcelona y días antes de embarcar le sorprende la muerte.

2. LA SOCIEDAD DEL KATIPUNAN

a. *Los orígenes de la institución*

Mientras José Rizal constituía la «Liga Filipina», Marcelo Hilario del pilar ultimaba sus trabajos para instituir el «Katipunan» sociedad asimismo secreta, de amplísimas bases, con objeto de que las masas indígenas se afiliasen a ella y se juramentasen, siempre con la fórmula de «pacto de sangre», y con el fin de obtener la independencia de Filipinas matando alevosamente a todos los españoles⁹. La organización dada desde Madrid por su fundador, era muy parecida a la que regulaba la Liga, si bien, la cuota forzosamente tenía que ser menor ya que los afiliados a aquella eran económicamente débiles y difícilmente podría satisfacer su compromiso obligándoles a una pensión elevada.

Con todo, hemos de decir que, si bien la organización era copia de la Liga, los medios se ampliaban hasta el anarquismo, jurando odio y destrucción a cuanto pudiera tener carácter español y religioso.

b. *Fines y organización interna*

«Katipunan»¹⁰ significa, según un testigo de los hechos, reunión de notables. «Por ese contrasentido que preside todos los actos de estos indios —nos dirá—, y por el afán que siempre tienen de

9. La cartilla de instrucción que acompañada de un puñal se repartía a cada catipunero o catipunado, no puede ser más tajante respecto del plan tan criminoso, que se ampliaba, es claro, al alzamiento y a la lucha sin cuartel por las armas, en el caso de que no pudiera lograrse el exterminio de los españoles por el expresado medio, es decir, del asesinato.

10. Sobre la palabra «Katipunan» o «Catipunan» se dividen los autores entre si escribirla con «K» o con «C». Manuel Sastrón prefiere hacerlo con esta segunda letra y no con la primera porque «creemos —dice— que este vocablo se descompone de esta manera: «tipón» raíz; con la partícula «Ca» y la terminación «an» se obtiene el sustantivo que significa junta, asociación, reunión muy estrecha, y entendemos lo que se ha querido expresar». Manuel Sastrón: «La insurrección en Filipinas...» Primera parte; c. IV, pág. 51). Sin embargo, como habitualmente lo hemos encontrado escrito con «K», preferimos seguir a los segundos y más numerosos que los primeros.

revestirlos de inapropiado relumbrón buscaron esa frasecilla tan mal empleada y tan ilógica. Porque no puede ser una reunión de notables la que se convierte para tramitar asesinatos y debiera llamarse «reunión de notables criminales» que es la frase que conviene en el sentido y aspiración de los revolucionarios».

Para José M.^a del Castillo, el fundador del primer Katipunan fue un indio escultor, vecino del distrito de Santa Cruz, llamado Romualdo Teodoro de Jesús, fundación que se verificó en año de 1888. Este sujeto definió el Katipunan diciendo que era una reunión que se concertaba para matar a todos los españoles y apoderarse después de las Islas, proclamando su independencia. No hizo diferencia alguna ni manifestó singulares odios por clase determinada, eran todos los españoles, de todas condiciones y clases los que estaban sentenciados por los «notables» de la reunión a ser alevosamente asesinados ¹¹.

El Katipunan —lo mismo que la Liga— estaba dirigido por un Consejo Supremo, y de él dependían Consejos Provinciales y Consejos Populares. Estos últimos se subdividían en secciones. El Consejo Supremo se componía de presidente y de vocales, que eran siete. Los vocales recibían también el nombre de ministros.

Los Consejos populares se habían establecido por todas las provincias y mantenían relación directa con el Consejo Supremo para fines de revolución, pero funcionaban bastante independientes en las tareas de propoganda. De suerte, que allí donde podían agruparse seis o siete personas, allí se formaba un «Katipunan», trabajando de modo extraordinario y en una actividad digna de mejor causa.

Las fórmulas de iniciación ¹² en la secta eran las terroríficas que ya hemos apuntado al hablar de la masonería, y siempre practicadas entre enmascarados, pues todos los que asistían a las sesiones cu-

11. El Katipunan está descrito perfectamente bien en un cuadro que se conserva en el Museo de PP. Agustinos de Valladolid. El Consejo Supremo representado por una estrella de cinco puntas, se comunica directamente en los siete consejos populares, que están en la parte más baja, y éstos a su vez con el triángulo lateral número uno, que asimismo comunica directamente con el triángulo número dos, para que éste, finalmente, vuelva a conectar con el Consejo Supremo.

12. La fórmula de iniciación en la secta se hacía firmando el inscri-

brían su rostro con un antifaz. Se decían palabras simbólicas y se hacían señas raras y extravagantes. De este modo, se reconocían unos a otros sin descubrirse la cara. En los diálogos entre los iniciadores e iniciados, se recordaba la conducta heroica de los clérigos indígenas que sufrieron pena de muerte por secundar y causar la rebelión de Cavite 1872¹³.

Los indígenas que poseían una reliquia o fragmento siquiera de las vestiduras de aquellos rebeldes ordenados «in sacris», cuya bandera era también la matanza de los «castillas», se creían en posesión del más seguro talismán para conjurar todo género de desgracias.

El Katipunan, sobre el que ha escrito palabras terribles el P. Durán¹⁴, es, sin duda alguna, hijo de la masonería. Consta por Utor y

to, después de haber pronunciado el juramento. El documento, traducido del tagalo, reza así:

“K. K. K.

N.m.A.N.B.

Sección.....

Yo declaro que, con motivo de mi entrada en K.K. K. de los A.N.B., he prestado un juramento solemne por el pueblo donde nací y en presencia de un superior de junta de este Katipunan, para acabar con todo lo que se pueda y hasta con lo que me sea más caro y aprecie en alta vida, y defender la causa hasta vencer o morir.

Y en verdad de esto, juro también obedecer en todo y seguir a la pelea y donde me manden.

Y como verdad de lo dicho pongo mi nombre verdadero con la sangre de mis venas al pie de esta declaración”.

En cuanto a las letras, quedan descifradas de la siguiente manera: Kotasan, Kabagayan, Katipunan, Nang manga, Anal Nang Bayar, que traducido al castellano, reza así: Suprema liberal asociación de los hijos del pueblo.

13. Véase lo escrito sobre el particular en el capítulo que trata de la insurrección filipina.

14. “Entre humeantes escombros, lagos de sangre —escribe— y arroyos de lágrimas yérguese siniestra la fatídica sombra del Katipunan. Sin rumbo fijo, ni ideal concreto, lanzóse éste a la lucha, no aguijoneado por estímulos dignos y plausibles, sino por satisfacer bastardos apetitos y aborrecibles sentimientos brotados al choque de los odios de raza.

Dondequiera que el caballo de Atila fijaba sus plantas se calcinaba la tierra y la yerba no brotaba, posa las suyas el Katipunan, agótanse las flores de la honradez y del decoro, muere la virtud y surge el vicio... Nace el Katipunan y al extender su hábito calcinador por los ámbitos de Filipinas, seca y esteriliza cuando toca; destruye y no edifica, corrompe y no regenera. Sociedad fundada en el cieno jamás podrá consolidarse: nacida y desarrollada entre las sombras, éstas serán sus imprescindibles heraldos, y cuando impotente y frenética pretenda salir de sus tenebrosida-

Fernández que don Ramón Blanco, gobernador del archipiélago, era masón y respondía en las logias al nombre de «Barcelona». Nadie podrá, pues, negarnos la verdad que encierran las palabras recogidas del telegrama que dirigió «el hermano Barcelona» al Sr. Ministro de Ultramar: «Descubierta vasta conspiración sociedades secretas con tendencias antinacionales, detenidas veintidós personas, entre ellas el gran Oriente de Filipinas»¹⁵. Más tarde, cuando estas tendencias se tradujeron en crímenes horribles, el marqués de Peñaplata aseguraba a su gobierno que los sublevados eran indios tagalos y mestizos fanatizados por sociedades secretas.

En su día, uno de los encausados, Numeriano Adriano, declaraba que «el objeto exclusivo de la Asociación era trabajar para conseguir la independencia absoluta de Filipinas»¹⁶.

El fin del Katipunan —diremos con el autor de los Episodios— esencialmente político, no obedecía a resentimientos más o menos justos contra autoridades prevaricadoras o corrompidas personalidades, sino que el odio de raza, estallando en explosiones horribles de enconos y de ira, propendía al exterminio de todo aquel por cuyas venas rodase sangre hispana. Pero, si por sus fines era a todas luces político el Katipunan, por los medios empleados se convirtió desde un principio en secta antirreligiosa.

Bajo este concepto, sus tiros más certeros se dirigieron contra las corporaciones religiosas, las cuales se vieron envueltas en las calumnias que el separatismo inventaba con el ánimo de conseguir el desprestigio de los religiosos ante el mundo entero.

Así lo entendieron estas comunidades monásticas, las cuales, en una exposición, sensata y objetiva, decían al gobierno español que «entre todas las fases y factores parciales de la desorganización del archipiélago, a nadie se le ocultaba que el principal ha sido la masonería»¹⁷.

des, la tea incendiaria la prestará sus luces y el homicida puñal la abrirá el camino. Aspero y dificultoso es en verdad el que tenemos que recorrer, si hemos de seguir los tortuosos pasos de la revolución filipina, pero con constancia en la labor, lograremos desbrozarle de las malezas que, en torno suyo, acumularon las pasiones de los hombres (P. Joaquín D. Durán: «Episodios de la revolución filipina»; Manila, 1900; pág. 8-9.

15. J. DURAN, o.c. 10.

16. MAURICIO: «La gran traición», 74.

17. J. DURAN, «Episodios...», 11.

Con razón decía Mañé y Flaquer en el «Diario de Barcelona» a raíz del desastre que «España conquistó el Archipiélago filipino como había conquistado antes América, no por la fuerza de las armas, sino por la virtud sobrenatural de la Cruz de Cristo; y de América y Filipinas hemos sido arrojados por el triángulo masónico enemigo de la Cruz»¹⁸.

La vinculación del Katipunan a la masonería viene expresada en las palabras de los mismos masones. Así, por ejemplo, Morayta, «Gran Oriente Español», dejó escrito en un documento que la prensa filipina se encargó de divulgar: «hemos hecho todo lo posible, como profano y masón, para librarles (a los filipinos) de este yugo (el de los frailes), yugo que consideré la verdadera causa del sentimiento antinacional manifestado por los filipinos; mi deseo era ver a las Islas Filipinas sin frailes, sin fanatismos, manteniendo su personalidad entre las naciones libres, pero siempre españoles». Con más lujo de detalles nos informa «Solimán» uno de los notables de la secta. El Katipunan es para él una gran luz, el verdadero conocimiento de la Omnipotencia, y no una locura, como dicen los «Castilas», para engañar a los tímidos tagalos, haciéndoles ver hasta en los periódicos que el Katipunan no es otra cosa que la reunión de los tagalos para obrar el mal.

En el Archivo de Agustinos-Filipinos se conserva un escrito del máximo interés sobre el particular. De él extractamos y resumimos algunas ideas. Revela una gran falta de entendimiento, dice el escrito, el que crea que el Katipunan es malo y tan solo una locura. El ha sido la luz que ha iluminado a los pueblos tagalos sumidos en las tinieblas. Ha descubierto también los engaños de que hemos sido víctimas por los avaros «Castilas» de quienes hemos sido hasta ahora verdaderos juguetes; y si algún tagalo ha llegado a ser sabio, inmediatamente lo han perseguido como malo estos españoles, como aconteció con los tres sacerdotes fusilados (se refiere a los sacerdotes seculares condenados a muerte cuando la revolución de Cavite) y con el sabio y maestro José Rizal.

Nada tenemos que esperar de estos infames castilas, y nada se-

18. MAÑÉ Y FLAQUER; «*Diario de Barcelona*»; artículo 2.º de los publicados en 1899 bajo el título de «*Liquidación*».

remos si seguimos esperando en ellos. Porque nos predicán que son nuestros protectores, pero esto es falso.

«Solimán» aduce como testimonio el libro titulado: «Matandang Basión y macunat», compuesto por un religioso franciscano, cura párroco del pueblo de Tabay, en la provincia de Morong, y en el que se dice que los naturales de Filipinas son unos «machines» (sic) a los que no corresponde otro oficio que el de cultivar la tierra.

«Solimán» se declara luego por abandonar la religión de los españoles, e invita a sus coterráneos a que miren al cielo y contemplen el sol, la luna y las estrellas..., que les hablarán de Dios, sin necesidad «de ir a misa», ni de escuchar e estos odiados españoles que se dicen ministros de Dios». Y termina con estas expresivas y exhortadoras palabras: «Dios no es como el hombre y mucho menos como el castila, que se deja sobornar y recibe con frecuencia sobornos del delincuente. Así, pues, hagamos el último esfuerzo para conseguir nuestra libertad; conservemos limpia la conciencia y no necesitamos de Padres ni de otras virtudes. ¡Vivan los tagalos!»¹⁹.

Todo en la secta concurría a un fanatismo feroz. Las mismas ceremonias de iniciación resultaban macabras hasta el extremo. Los iniciados aparecían enmascarados lo mismo que el iniciado. Ante una mesa se colocaba una calavera y dos fémures, un triángulo, un puñal y dos velas. Se declaraban los fines de la asociación; seguía un formulario de preguntas y respuestas; se exaltaba el mérito de los sacerdotes caviteños y se pasaba a las pruebas que consistían en simular un asesinato y un suicidio. Acto seguido se procedía al juramento de libertad al pueblo hasta morir, obedecer ciegamente los mandatos y «guardar un secreto bajo pena de muerte», el cual consistía en hacer una incisión en el brazo izquierdo, mojar en la sangre la pluma y firmar al pie del compromiso.

Los iniciados se nombraban hermanos, tenían sus palabras sagradas y sus señas especiales para darse a conocer, se regían por un código que establecía castigos desde el alutamiento hasta la muerte, y no recibían órdenes ni conocían nada más que a sus inmediatos superior-

19. *Archivo Agustinos-Filipinos, de Valladolid*, núm. 3985.

res. Son infinitos y curiosos los detalles que podría manifestar, pero se haría interminable esta ligera memoria.

Todos los asuntos de trascendencia y organización se trataban en asambleas que las constituían el Consejo Supremo y todos los presidentes de los Consejos provinciales o populares; los acuerdos y discusiones se decidían en votación nominal, y por lo menos, por mayoría de votos.

Tanto el Supremo como el consejo y las secciones tenían sus sesiones periódicas en las que se discutían mil diferentes asuntos, y los acuerdos de los consejos tenían que ser sometidos a la aprobación del inmediato superior.

Las reuniones se verificaban siempre en diferentes casas y localidades sin día determinado, pero escogiendo los festivos y de tres cruces bajo pretexto de comilonas o bailes en los que las autoridades nada sospechaban porque en dichos días están permitidos esos regocijos sin previa licencia gubernativa.

Tanto los consejos provinciales como los populares y las secciones se designaban con nombres especiales. Los iniciados eran bautizados con simbólicos, y todos los escritos se redactaban en tagalog y en clave los de más importancia.

El primer Consejo Supremo quedó constituido el quince de Julio de mil ochocientos noventa y dos, bajo la presidencia de Deodato Arellano; secretario, Andrés Bonifacio; tesorero, Valentín Díaz, y consejeros, Ladislao Dina, Bricerio Pautas y Teodoro Plana. Se designaron acto seguido delegados que establecieron secciones en Tondo, Binondo, Trozo, Santa Cruz, Magtajan, Ampalor, Quia-po, Dilao é Intramuros. Con rapidez pasmosa salieron comisionados por los pueblos inmediatos y provincias limítrofes, y a las pocas semanas funcionaban consejos en Coloocan, Malabon, Mandaloyón, San Juan del Monte, Pandacan, Santa Ana, y Pasay; en la cabecera de Cavite se constituyó un consejo popular y secciones en Noveleta, Cavite viejo é Imus, lo mismo sucedió en San Isidro, Gapan e infinitos pueblos de la provincia de Luzón.

c. *La jerarquía katipunera.* El primer presidente del Consejo Supremo del Katipunan lo fue Deodato Arellano, y el segundo lo fue Ramón Basa (Baza, hemos encontrado escrito en algún otro lugar). Como secretario de los dos actuó Andrés Bonifacio, más tarde cabecilla principal y el más «notable» de todos los presidentes de la secta.

Arellano y Basa pasaron fugazmente por el sillón de mando; si bien, llegada la hora de la revolución, serían los dos de los más activos conspiradores. Por unos papeles secretos que se conservan en el Archivo de Agustinos-Filipinos de Valladolid conocemos datos interesantes de muchos afiliados al Katipunan, y entre ellos los más importantes de los líderes de la secta.

De Deodato Arellano y Cruz sabemos, por ejemplo, que era auxiliar de segunda clase de la Maestranza de Artillería de Manila. En las declaraciones de amigos y camaradas de secta se nos dice que era masón y miembro de la Liga Filipina, compromisario, gran propagandista del Katipunan. Fue de los primeros fundadores de la secta «que tantos daños ha causado a este país —dice textual el documento— de la que fue nombrado su primer presidente. Gran agitador y propagandista incansable de las ideas separatistas, tanto en Manila, como fuera de la capital, fue secretario y tesorero del Consejo Supremo de la «Liga Filipina». También llevó la administración del periódico «La Solidaridad». Estaba casado con una hermana de Marcelo H. del Pilar, director del mencionado periódico y con quien mantuvo siempre amistosas y familiares relaciones. El documento llega a decir de Deodato que era «instrumento motor en el Archipiélago de las ideas separatistas de su cuñado», residente como sabemos en Madrid. El mismo Deodato declara y confirma ser verdad todas estas cosas, arrepintiéndose de haber contribuido como pocos al estado actual del archipiélago. Confiesa haber sido el primer secretario de la «Liga Filipina», y haber asistido a la junta convocada por Rizal el año 1892 en la casa particular de Doroteo Ong-Junco, en Tondo, y en la que se acordó, entre otras cosas, fusionar la masonería y la citada Liga Filipina.

Nos da muchos detalles de reuniones secretas, de su actividad

katipunera, de los distintos seudónimos que ha empleado en las distintas asociaciones²⁰.

Pero será *Andrés Bonifacio* el que, dotado de cualidades y condiciones muy superiores a las que en general desarrollan los naturales del archipiélago, hombres por otra parte, de audacia y de energías probadas, anulará por completo a sus dos predecesores, poniéndose en seguida a la cabeza del movimiento masónico, imponiéndose a todos y terminando por destituir a Basa para erigirse en tercer presidente.

Ocurría esto el mes de enero de 1893, al año exactamente de la fundación de la secta²¹.

Esta venía, pues, funcionando desde el mes de julio de 1892; pero cuando tomó proporciones realmente sorprendentes fue cuando Andrés Bonifacio asaltó el poder. Este hombre, tan inquieto como resuelto, fue el que dio cuerpo y amplio desarrollo al Katipunan, y fueron millares y millares los indígenas que acudieron a juramentarse con él y con el ministro Enrique Pacheco²².

En los papeles secretos del citado Archivo de Valladolid se dice de este sujeto que era «el de mayor importancia en la rebelión». Presidía muchas reuniones en el pueblo de Mandaloya y ejercía en la secta el cargo de «General» (sic). Después nos hablan de Andrés Bo-

20. En la masonería se le conocía por el sobrenombre de "Buan"; en la "Liga Filipina" respondía por el de "Sandakan", y en el Katipunan era conocido por "Santol", fruta parecida en la forma al melocotón.

21. Seguramente que el más famoso e importante de los Consejos Supremos estuvo formado por el equipo que dirigía Andrés Bonifacio, a saber: ministro de Guerra, Teodoro Plata; de Estado, Emilio Jacinto; de Hacienda, el célebre Enrique Pacheco, el cual inició a miles de katipuneros con "el pacto de sangre", haciéndoles él mismo la inscripción con una navajilla que por fortuna, se conserva hoy, junto con otros distintivos masónicos, en el Museo de Agustinos Filipinos de Valladolid.

22. Manuel Sastrón nos da unas cifras que, de resultar verdaderas, dicen lo bastante de la actividad que desplegó este cabecilla: 50.000 en las proximidades de Manila, sin contar los sectarios que vivían dentro del casco de la vieja ciudad; 2.000 en Caloacan; 2.000 en Balintanac; 3.000 en Pasig y Pateros; 2.000 en San Juan del Monte; 10.000 en Cavite; 6.000 en San Mateo; 1.500 en Nueva Ecija; 4.000 en Bulacán; 20.000 en La Laguna; 8.000 en Tayabas; 15.000 en Batangas... (Sastrón, obra. cit. I.ª parte; cap. 4.º, pág. 53).

nifacio como «el más activo propagandista de la insurrección filipina», presidente del Consejo Supremo, dictador y formulador de grandes proyectos para el futuro. Él controlaba y daba cuenta en las juntas de los afiliados, tanto del ejército, como de «la clase de paisanos». Dio órdenes para apoderarse del gobernador general, y de otras autoridades españolas de alguna importancia, con el encargo de no matar a ninguna de estas personas y así, conseguir por su medio, los derechos políticos que reclamaban.

Dictador terrible, persiguió a los mismos camaradas de grupo. Como en el caso de Teodoro Plata, el cual, habiéndose negado a aceptar un cargo y ausentándose sin permiso del líder, fue amenazado de muerte con la consigna de que lo asesinaran dondequiera lo encontrasen. Principal cabecilla de todos los insurrectos, declaró una guerra sin cuartel a las órdenes religiosas y tenía preparado un proyecto de guerrillas y de bandidaje en el caso de que fracasara el levantamiento, con el fin de mantener viva la idea del filibusterismo.

Otro de los jefes más destacados del Katipunan fue *Aguedo del Rosario*, masón y filibustero, cabecilla de insurrección y recaudador de fondos muy activo. Aguedo del Rosario era uno de los hombres comprometidos «para cortar las cabezas de los españoles»; jefe de la secta en la provincia de Manila, secretario del Consejo Supremo, instigador y una de las figuras principales que actuará ante las autoridades japonesas para conseguir de aquella nación ayuda a los insurrectos.

Bonifacio Arévalo y Flores, es otro de los sobresalientes. Era vocal del Consejo Supremo de la Liga Filipina, y por algún tiempo actuó de Tesorero mayor. Fue uno de los asistentes a la famosa junta convocada por Rizal en la casa de Doroteo Onjunco. Perteneció al cuerpo llamado de «compromisarios»; masón y propagandista del periódico «La Solidaridad», y actuó también en las negociaciones con el Japón para pedir auxilio y armas²³.

23. Un tal Vicente Marifosque declara espontáneamente haber visto en la casa de Bonifacio Arévalo dos bustos de tamaño natural, primorosamente tallados, de las personas del emperador y de la emperatriz del Japón, los cuales fueron remitidos a aquel imperio por conducto del propio hijo de Arévalo Flores. *Archivo Agustinos Filipinos*, de Valladolid, núm. 3985.

Como hemos visto ya en anteriores cabecillas, Arévalo y Flores declara ser masón principal, miembro de la Liga y compromisario en la matanza de españoles.

Doroteo Cortés fue el abogado asesor e intelectual del grupo. Huyó al Japón antes de que pudiera ser hecho prisionero. También era masón auxiliar de la Liga Filipina; enemigo acérrimo de todo lo español, a juzgar por las intervenciones que tenía en las distintas juntas y según declaración de sus propios compañeros.

Pío Valenzuela nos dice de *Doroteo Cortés* que era el hombre que se entendía directamente con el gobierno japonés «para asuntos de independencia», gran agitador y separatista, miembro de la comisión encargada de conseguir armas para hacer la guerra a España, según declara el pintor Juan Luna que le acusa de residir en el Japón haciendo gestiones «con objeto de armar hasta 30.000 hombres y comprar barcos²⁴. Son muchas las acusaciones que recaen sobre este personaje intrigante, y que el lector las puede examinar al final de nuestro trabajo.

Emilio Jacinto y *Dizón* fue ministro de Estado del gobierno insurrecto presidido por Andrés Bonifacio. Miembro activo del Katipunan, fue uno de los jefes que atacó a los pueblos de San Juan del Monte y Santa Mesa el 30 de agosto de 1896. Comisionado también para llevar los presentes regalos destinados a los emperadores del Japón al comandante del crucero nipón «Kongo», fue uno de los seguidores de primera hora de Andrés Bonifacio, gran agitador y que sólo respiraba odio contra España. Sus artículos los firmaba con el seudónimo de «Ponllkonllg», que significa «Pinquiáng». También solía firmar con el nombre de Kilad I.^o».

Otro de los principales hombres de confianza —tal vez el principal— fue *Enrique Pacheco*, ministro de Hacienda del flamante gobierno insurreccional, detenido y preso el 9 de octubre de 1896. Era conocido en la secta por el simbólico nombre de «*Vnkbxfnys*» que quiere decir «macabunay», y en castellano «vivir» o vividor.

24. Luna afirma que al tiempo de regresar él del Japón le exhortó Cortés con estas palabras: "Usted cuidese de decir a nuestros ricos hermanos Yang-co, don Pedro Roxas, Tuason, Linyap, etc., que vaya reuniendo dinero y remitiéndomelo" *Archivo Agustinos Filipinos*, núm. 3985.

Faustino Villarruel fue otro de los grandes propagandistas de las ideas masónicas y separatistas. Desempeñó varios cargos dentro de la masonería y pertenecía también al grupo de los compromisarios. Era miembro de distintas logias y fue uno de los asistentes a la reunión que presidió Rizal y de la que ya hemos hecho mención. En la logia «Patria» respondía al nombre de «Ylavv» y tenía un alto grado en la misma, siendo considerado como uno de los notables.

Francisco Reyes, banquero de la capital de Manila, será por su parte, miembro del Consejo Supremo de la aristocracia y una de las figuras principales de la Liga Filipina. Con su firma bancaria autorizó y ofreció garantía al poder que concedieron a Doroteo Cortés para recabar armas y ayuda del Japón.

Gregorio Coronel, detenido el 12 de septiembre de 1896, figura en las declaraciones como el presidente del consejo popular de Malabón y estaba comprometido para provocar desórdenes en dicho pueblo cuando llegara la hora señalada. Se sabe que era médico y ayudó con su dinero personal²⁵ a la evasión de Rizal. En la secta respondía al nombre simbólico de «Jqall», que quiere decir «León». Fue también por algún tiempo bibliotecario del Consejo Supremo del Katipunan, habiendo ofrecido un premio, durante su cargo, al que presentara la mejor memoria sobre los fines que la insurrección perseguía.

Podríamos seguir citando nombres de cabecillas, más o menos importantes, activos propagandistas y fervorosos seguidores de Rizal, Marcelo Hilario del Pilar y Andrés Bonifacio, que figuran siempre en cabeza, junto con Emilio Aguinaldo, aunque éste lo sea por representar el cargo de general en jefe del ejército tagalo levantado en armas contra los españoles.

Nombres como Isabelo Artacho y Cruz, compañero de Doroteo Cortés en las gestiones ante el gobierno japonés masón desde el 1893, con el apelativo simbólico de «Vicus»; Juan de la Cruz, del consejo popular y presidente de la sección de Silanganan; Juan de Luna y

25. Pío Valenzuela tuvo un careo con el propio coronel y allí fue acusado este segundo de haber prestado en principio y como primera cantidad 200 pesos para la evasión del cabecilla intelectual y colega de profesión a Dapitón. *Archivo Agustinos Filipinos*, núm. cit.

Novicio, hombre interesante, colaborador de Doroteo Cortés en la ciudad japonesa de Yokohama en calidad de intérprete, miembro activo del Consejo Supremo, conocedor y cultivador de la lengua de Shakespeare y, para remate, notable pintor, como lo había acreditado en varios concursos en que habían sido premiados sus cuadros de costumbres filipinas²⁶; Pedro P. Rojas, cabecilla de insurrección, pero hombre cobarde que nunca daba la cara, si bien apoyó siempre el movimiento con su dinero y consiguió adeptos al mismo entre los hombres de la aristocracia²⁷.

Otro de los sujetos que no debemos pasar por alto es *Pío Valenzuela*. Era médico de profesión y puso sus conocimientos de la medicina al servicio de la secta. Como el anterior, era un hombre escurridizo, cobarde y frío. Un hombre que se nos hace bastante antipático, pues, cogido prisionero, no tuvo inconveniente ni recato en poner al descubierto la intriga y las distintas actividades de sus colegas de insurrección. Su cobardía le llevó a extremos como declarar los nombres de los principales cabecillas, lugares donde residían ocultos y proyectos que maquinaban. Es curioso observar cómo, por una de esas paradojas que nos ofrece la vida, los citados documentos nos llegan a decir que España tiene que estar sumamente agradecida a Valenzuela, pues, gracias a su cobardía, rompió las severísimas órdenes de Andrés Bonifacio y se presentó a los jueces pidiendo indulto a costa de hacer declaraciones ignominiosas para su partido, ofreciendo detalles minuciosos, fines que perseguía el Katipunan, personas y medios con que contaba.

26. Al parecer, Luna Novicio se mostró indiferente y tomó a risa como proyectos de un hombre loco, cuando Cortés le comunicó que estaba en el Japón para recabar armas, barcos y hombres de aquel gobierno y con los que debían empezar la guerra contra los españoles. (*Archivo Agustinos-Filipinos*; loc. cit.).

27. Igualmente parece ser, por los papeles secretos, que Pedro P. Rojas fue defendido por muchas personas influyentes y aun por los mismos tribunales de justicia. Lo cual —se dice allí— es un error clarísimo. Y para demostrarlo pone a continuación una serie de graves acusaciones que no traemos aquí por no hacernos prolijos y que el lector puede consultar en el apéndice de nuestro trabajo. Lo que sí debemos decir es que Rojas fue indultado a pesar de tales y tan graves acusaciones, como la de hacerle “jefe de los separatistas filipinos”. (*Archivo Agustinos-Filipinos*; loc. cit.).

d) *El Katipunan y la insurrección filipina.*

Y llegamos en nuestra labor al año 1895, año en que Andrés Bonifacio creyó llegada la hora oportuna para el levantamiento en armas de las masas indígenas contra la administración española. Con todo, aquel año se pasó entero entre zozobras y terribles amenazas.

La propaganda de folletos se extendió y acrecentó. Y como si esto no bastara a los afanes del nuevo líder filipino, Andrés Bonifacio, comenzó a publicar un nuevo periódico en tagalo con el título de «Kalaayan», que significa «libertad», y que llevaba un pie de imprenta japonés: Yokohama. Los principales redactores del pamfletito y extravagante periódico se nombraban Dimas Alang y Agapito Begun-Bayan.

Andrés Bonifacio dispone en estos momentos de una fuerza y poderío imponderables entre los millares de seguidores.

El flamante presidente del Katipunan, gran agitador de masas, podía dar la señal de levantamiento en el punto y hora que quisiera. Poseía armas en abundancia: le mandaban sin cesar desde Hong-Kong y esperaba conseguirlas también del Japón. Lo que le fallaba era la disciplina del nuevo ejército que deseaba formar y hombres que supieran manejar las armas como los soldados «castilas» manejaban sus fusiles y rifles con una puntería extraordinaria.

En Consejo Supremo del Katipunan había publicado ya en 28 de mayo de aquel año 1896 un manifiesto señalando instrucciones para cuando se diera el golpe. Y como parece que no era lo bastante explícito, el 12 de junio se dio otro que rebasaba criminalidad y odio por todos sus poros²⁸. Por fin el 28 de junio, cuando todo estaba dispuesto, el mismo Consejo Supremo del Katipunan dio las instrucciones convenientes para el procedimiento que debía emplearse en la ejecución de tan macabros fines. No vamos a trasladar aquí todas las instrucciones; pero sí copiar tres, pues ellas solas revelan las criminales intenciones del Katipunan. Dicen las instrucciones literalmente: «Segundo: Una vez dada la señal de H 2 sep, cada hermano cum-

28. Este segundo manifiesto puede verse copiado íntegramente en José M. del Castillo y Jiménez, "El Katipunan", 114-17.

plirá con el deber que este G.R. Log. le ha impuesto, asesinando a todos los españoles, sus mujeres e hijos, sin consideraciones de ningún género, ni parentesco, amistad, gratitud, etc». Cuarto: «Dando el golpe contra el Capitán General y demás autoridades españolas, los leales atacarán los conventos y degollarán a sus infames habitantes, respetando las riquezas en aquellos edificios contenidas, de las cuales se incautarán las comisiones nombradas al efecto por esta G.R. Log, sin que sea lícito a ninguno de nuestros hermanos apoderarse de lo que justamente pertenece al tesoro de la G.N.F. Sexto: Al día siguiente, los hermanos que están designados darán sepultura a todos los cadáveres de los odiosos opresores en el campo de Bagumbayan, así como a los de sus mujeres e hijos, en cuyo sitio será levantado más adelante un monumento conmemorativo de la independencia de la G.N.F. Séptimo: Los cadáveres de los frailes no deben ser enterrados, sino quemados»²⁹.

Pero resulta que la revolución katipunera no podía llevarse a efecto a feliz término sin contar con recursos suficientes para atender múltiples necesidades. No eran ya suficientes las cuotas que la sociedad había impuesto y que debían satisfacer puntualmente todos los asociados por medio de recibos³⁰.

En apoyo de nuestra tesis podemos aportar testimonios aún más concluyentes. Uno de ellos es un acta notarial del 5 de diciembre de 1896, en la que se hacen constar extremos interesantes relacionados con la conspiración filipina. Fue redactado a instancias del P. Mariano Gil, cura párroco de Tondo, arrabal de Manila, y descubridor del gran complot, ante don Agustín Malfaz Yllera, abogado en ejercicio y notario público por oposición del Ilustre Colegio y Distrito de Manila. De ella extractamos algunas referencias. El P. Mariano Gil ma-

29. *M. Sastrón*; "La insurrección en Filipinas...", 54-55.

30. El recibo hecho en piedra litográfica, iba inscrito y en lengua castellana decía así:

Sección núm.
 He recibido del hermano
 la cantidad de pts. 0,22 4/8
 pago correspondiente al mes y semana
 Tondo, a de 1896
 El Tesorero (Policarpo Tarla)

EN CASTILLO Y JIMENEZ, o. c. 120.

nifiesta de un modo espontáneo y con toda veracidad hechos contundentes como, por ejemplo, el haberse presentado el día 19 de agosto de aquel año en la imprenta del «Diario de Manila» y haber denunciado ante don Ramón Montes, propietario de dicha imprenta el gran complot que maquinaban los tagalos, según declaración de un feligrés, empleado en la misma imprenta llamado Teodoro Patiño.

En aquel lugar —sigue manifestando el religioso agustino— han de encontrarse datos y pruebas que habrán de ser las pruebas irrecusables de la existencia y organización de aquella trama conspiradora contra los españoles residentes en el Archipiélago.

Señala que el primer dato y gran prueba era la existencia de una piedra litográfica escrita en tagalo y con clave firmada por dos empleados de la misma imprenta, Policarpo Tarla y Braulio Rivera, y que servía para imprimir los recibos de dos clases de cuotas que pagaban los afiliados a la secta llamada «Katipunan.»

El segundo dato y la prueba no menos convincente era la fabricación de puñales llamados punta de diamante, trabajados «en el fogón de la máquina de dicho establecimiento», una vez que los españoles se retiraban del periódico.

Ante estas declaraciones —sigue diciendo el P. Gil— el señor Montes y los que con él estaban no salieron de su asombro e inmediatamente bajaron al lugar de la cita para comprobar tan horrible conjura. Comenzaron a buscar, y al cabo de tres cuartos de hora, se descubrió tal y como se había anunciado ³¹.

El P. Gil sacó una prueba en la piedra litográfica y poco más tarde se la mostró a Teodoro Patiño, el cual la reconoció en seguida y corroboró su autenticidad.

Por su parte, el señor Montes y los dos compañeros que con él estaban ³² siguieron registrando y encontraron en un pequeño armario, donde guardaba sus cosas Policarpo Tarla, un ejemplar de los puñales que allí se construían, un reglamento de la secta katipunera, es-

31. El documento nos cita al pie de la letra el texto de la piedra litográfica, o mejor de los recibos señalados, escritos, como es natural, en lengua tagala. Traducidos al castellano nos son ya familiares.

32. Se llamaban éstos José Trillo y Enrique Guidotti.

crita en tagalo y otros varios documentos relacionados con la conspiración³³.

De cómo procedían en este asunto los rebeldes katipuneros da cuenta una carta que escribió un hombre bueno, nombrado Pedro Fe, y que dirige al provincial de los agustinos. El original viene escrito en papel de seda y tan fino que se pasa la tinta de un lado a otro leyéndose con dificultad. No lleva fecha, ni lugar de donde ha podido ser escrita sin duda para evitar represalias. En resumen nos descubre cómo un sujeto, Ambrosio Rianxares, abogado, terrible antiespañol, rojo filibustero, va de casa en casa pidiendo dinero para los amigos que residen en España, socios de la asociación Hispano-Filipina. Es uno de los grandes instigadores de la revolución en la ciudad de Cavite y cuenta con varios colaboradores en panfletos contra los frailes.

La carta comunica la noticia de que en breve vendrá de España un hijo de Ambrosio Rianxares, que acaba de terminar la carrera de medicina y que es gran amigo de Rizal, redactor de «La Solidaridad» y forma parte activa de la Asociación mencionada de la que es presidente —textual— el señor Morayta³⁴.

Y el bueno de Pedro Fe termina diciendo que conviene vigilar los pasos de estos sujetos, pues se teme mucho de los «antifrailes» y su conciencia le dicta que lo haga saber.

Con la presidencia de Andrés Bonifacio, se imprimió a la secta una actividad febril. La mayoría de los tribunales de los pueblos se convirtieron en centros de propaganda que dirigían y fomentaban los municipios y principalías; circulaban con profusión proclamas y folletos contra los frailes y todo elemento español; se inventaban agravios, ultrajes y calumnias y se inculcaba por este medio, al indígena al odio y a la venganza.

En 1895 coloca Bonifacio los primeros jalones que han de conducirle a la insurrección proyectada. Envía diferentes delegaciones a Dapitán que conferencian con Rizal y reciben sus consejos e instruc-

33. El Acta Notarial la firma el P. Mariano Gil, Ramón Montes y los dos citados amigos de este último. La rubrica el notario don Agustín Malfar, *Archivo Agustinos-Filipinos*, núm. c.t.

34. *Archivo Agustinos-Filipinos*, núm. 3855.

ciones; intenta negociaciones con el gobierno japonés y no lo consigue, pero con un inmenso ascendiente que raya en lo inverosímil, se declara dictador. Los protectores encubiertos que tenía el Katipunán, pertenecientes a las clases elevadas y media, le ofrecen fondos de alguna consideración, con lo que se proporciona buen número de armas que desembarcó en la costa de Cavite y Batanga, con el apoyo de personalidades pudientes.

En agosto de este año, la exaltación entre las masas llegó a su colmo, y Bonifacio, comprendiéndolo así, prepara lo conveniente para, en plazo corto, establecer la conspiración que había de verificarse en su día y a una hora determinada en casi todo Luzón; el plan de ataque y toma de Manila estaba toscamente concebido, pero ante la sorpresa y lo bestial de la acometida, tal vez hubiera tenido éxito la matanza, y el saqueo y el pillaje hubieran coronado la obra de tanta iniquidad.

Los consejos estaban magníficamente organizados, tanto el Supremo, que ya conocemos, como el popular de Tondo y otros muchos pueblos de Luzón. Basta decir que la cuarta parte de la población indígena pertenecía la secta masónica katipunera. Todo lo cual nos confirma lo que dejamos consignado arriba: que el cabecilla Andrés Bonifacio no era un ser vulgar, sino un auténtico líder de insurrección, enérgico y activo, audaz y dotado de una gran elocuencia para arrastrar a las masas a las que hablaba siempre en dialecto tagalo para ganárselos mejor a su causa³⁵.

Entregadas las pruebas por el P. Mariano Gil al jefe de la Guardia Civil del distrito de Tondo³⁶, inmediatamente se comenzaron las pesquisas y detenciones. Era el 19 de agosto de 1896, cuando, enterados los conjurados que habían sido descubiertos, procuraron ponerse a salvo huyendo despavoridos al inmediato pueblo de Caloacán, donde se ocultaron en la casa del capitán municipal y en la del pasante

35. Es curioso observar cómo uno de los documentos, después de habiarnos de la categoría y actividad de este hombre, termina con las siguientes palabras: "He aquí retratado el encargado de las Bodegas que la casa extranjera Fressell tiene en la calle Nueva de Binondo. *Archivo Agustinos-Filipinos*, carpeta de papeles secretos, núm. 3985.

36. Lo era entonces el capitán Olegario Díaz, el cual tenía a su cargo, como segundos jefes, a los tenientes Grun y Cortés, *Sastrón* o.c. 65.

Adriano de Jesús, suegro de Andrés Bonifacio. Este, seguido de unos doscientos vecinos de Caloacan, huyen tres días más tarde al barrio de Balintanac; allí son batidos por la guardia civil y tienen que volver a su antiguo escondite. El Consejo Supremo convoca una gran asamblea para el día siguiente en el citado barrio, a la que concurren más de quinientos asociados y se inicia la discusión sobre la conducta que se ha de seguir en vista del fracaso de la conjuración y detenciones que se están realizando. Tratan algunos arrepentidos de que se vuelva a la legalidad sometiéndose a las autoridades españolas y el presidente Bonifacio protesta proponiendo la rebelión inmediata; somete a votación ambas proposiciones y el presidente la gana por una inmensa mayoría.

Se circulan con rapidez las órdenes a Manila, Cavite, Nueva Ecija y otras provincias, ordenando la rebelión armada para la madrugada del domingo treinta. Llega por fin el día y hora señalados, y toda la provincia de Manila se insurrecciona cometiendo mil atropellos en cuanto europeos o indígenas leales con encontrados. Como fieras atacan la casa de la traída de aguas y el polvorín situado en el camino de San Juan del Monte de donde son valientemente rechazados por una sección de artillería y otra del regimiento n.º 2; simultáneamente, tratan de invadir el arrabal de Sampaloc por Santa Mesa, y allí mismo son desbaratados y dispersos por sesenta guardias veteranos que evitan con su defensa un día de luto en la ciudad de Manila. Todo Cavite (menos la cabecera) se insurrecciona el 31 por la tarde asesinando y desarmando a toda la guardia civil de la provincia después de heroica resistencia, asaltan los conventos y haciendas de las órdenes religiosas y matan a indefensos ministros del Señor. El tres de septiembre es atacada la cabecera de Nueva Ecija por grandes masas de insurrectos, y la colonia y guardia civil resisten heroicamente hasta la llegada de una columna de Manila que los baste y salva a aquel puñado de españoles de una muerte segura; ¿para qué seguir relatando sucesos de todos tan conocidos?

Un informe final, dirigido al gobernador general de Filipinas, por el comandante de infantería, don José Piquer Castelló, ponía en conocimiento de la primera autoridad del Archipiélago el auge que iba tomando la conspiración y ya abierta rebelión armada de los ta-

galos. Le daba cuenta cómo entre sus macabros fines estaba el de terminar con todos los españoles residentes en la colonia; y cómo había sido descubierta por un religioso de la Orden de San Agustín³⁷, cuyo documento probatorio le enviaba adjunto.

El informe desciende a detalles de organización de la secta masonónica del Katipunán, bien conocida de todos nosotros, y propone que se proceda inmediatamente a las detenciones de los culpables.

Da cuenta de que la índole especial de estas acciones comprende dieciocho piezas, y centenares de encartados, por lo que parece más conveniente ir dando los nombres por orden alfabético de todos los que figuran y señalar la participación que cada uno ha tenido en la gran conjura³⁸.

En la carpeta de documentos secretos sobre el Katipunán que hemos manejado para elaborar nuestro trabajo, y donde se encuentra este documento oficial, hemos hallado también una relación nominal y completa de los masones existentes por aquel entonces en las Islas Filipinas, con sus distintivos, emblemas, cargos, símbolos y logias a las que pertenecían. Dicha lista está sacada del Juzgado de Instrucción de la Capitanía General de Manila. Es copia fiel y exacta. En total hemos podido contar 325 afiliados. Como es de suponer, allí figuran los principales cabecillas responsables de la insurrección de 1896.

Con ello, creemos haber demostrado suficiente cómo la masonería, con la que comenzamos el presente capítulo, y su hijastra, la secta del Katipunán, fueron la causa principal de la pérdida de Filipinas. En lo cual estamos de acuerdo con nuestros cronistas a los mismos que hemos acusado —creemos que con acierto— de parciales y de exaltados apologistas en otros puntos, en los que tenían su parte de razón, pero solamente una parte, pues el problema, hemos visto, era mucho más complejo y complicado.

37. Se refiere al P. Mariano Gil, cura párroco de Tondo, y ya conocido de nuestros lectores.

38. El lector habrá caído ya en la cuenta de que nos encontramos ante los papeles y documentos secretos, de primera calidad e interesantísimos, que hemos manejado más arriba al tratar de la jerarquía kati-punera. Están contenidos en una extensa carpeta, un tanto desordenada, que perteneció al P. Mariano Gil y se conserva, como ya sabemos, en el Archivo de PP. Agustinos de Valladolid.

V. LA PERSECUCION RELIGIOSA

Si estudiamos con detenimiento las causas de tantas vejaciones sufridas por los religiosos españoles residentes en Filipinas, no habrá más remedio que admitir que, aparte sus ideales espirituales, la suprema norma de su conducta era el amor a España.

Las autoridades españolas del archipiélago encargaban, pública y privadamente, a los religiosos que redoblaran su patriotismo toda vez que eran demasiado escasas las fuerzas militares. «Ninguno podía ver con indiferencia —escribe el autor de los «Apuntes Históricos»— el riesgo que amenazaba a la integridad de la nación, y era menester echar mano de todos los recursos para suplir la deficiencia y absoluta escasez de nuestras armas.»¹

Añádase a esto que a la llegada de Rizal a Manila, como consecuencia de los trabajos de unos y las declaraciones de otros, el mismo Despujols tuvo que decretar el destierro de individuos muy sospechosos por sus ideas. Pero después la política de atracción empleada por el general Blanco llegó al extremo de permitir que volvieran a sus hogares muchos de los deportados.

Con esta medida, comenzaron a pulular por los pueblos hombres que sólo buscaban saciar su sed de venganza en aquellas personas a las que hacían responsables de su anterior deportación. Estos propósitos fueron intensificándose merced al egoísmo de algunas autoridades que no vacilaron en hacer públicos informes secretos, informes que ellos mismos habían solicitado con el mayor interés.

La correspondencia remitida por los párrocos a los superiores y compañeros, a jefes provinciales y a la guardia civil, a personas particulares, se revisaban en cada pueblo con escrupulosa detención, para, más tarde, violar el secreto natural los mismos empleados municipales, que se constituían así en espías de los rebeldes y comprometidos en el movimiento revolucionario.

Nada tendría de particular que en estas cartas o comunicacio-

1. B. MARTINEZ, *Apuntes Históricos de la Provincia del S. N. de Jesús de Filipinas*, (Madrid 1909) XLVII, 508.

nes se citaran personas y hechos relacionados con la labor separatista. La vigilancia que se había encomendado a los párrocos regulares como hombres de la máxima confianza exigía y requería toda esta clase de servicios a las autoridades. Pero esto mismo hizo que se mirase a los curas párrocos de Filipinas con no pequeña prevención y muy mal disimulada antipatía ².

Motivos de fricciones era, asimismo, el odio de raza, despertado por los mismos líderes del separatismo, lo mismo que algunos abusos difíciles de evitar aun en las instituciones mejor organizadas, cuanto más en esta española que adolecía de tantos defectos y errores.

Más adelante hemos de tratar de las víctimas que cayeron durante la persecución religiosa pertenecientes a la Orden de San Agustín. Allí daremos detalles de sus vidas y actividades. Ahora sólo intentamos exponer el problema capital de la mencionada persecución y desde un punto de vista general y objetivo ³.

A nadie podía ocultársele que, desde la fecha en que estalló la insurrección de los tagalos, la situación de los religiosos que administraban la mayor parte de las parroquias en Filipinas era, además de arriesgada, desairada y crítica. No existía en sus respectivos pueblos —nos dice a este propósito Manuel Sastrón— fuerza militar, garantía para el orden material, y en el moral se veían los curas párrocos en algunas épocas o períodos, desde la fecha aludida, completamente anulados, porque en contra de los prestigios que a ellos y a las autoridades locales —indígenas leales— correspondían, se levantaron ya públicamente otros organismos revolucionarios, sin oponerse nadie. «Estamos dentro de una política de atracción que a muchos nos parecía —explica textualmente— de abandono, pues no de otro modo podía juzgarse el hecho notorio de dirigir y mandar en las poblaciones, según ya hemos dicho en otra ocasión, aquellos que precisa-

2. Ibid. 504-10.

3. Para un resumen sucinto y breve de la tragedia vale el capítulo 47 del citado libro del P. Bernardo Martínez, si bien adolece, como toda la obra en general, de falta de aparato crítico, tocando algunos puntos muy a la ligera y sin tratar de comprobar los hechos, salvo raras excepciones.

mente habían causado mayor daño a la causa de la patria, resultando humillados quienes mejor la servían»⁴.

Es elocuente y revelador que tal estado de cosas, en vez de inspirar a las corporaciones religiosas notas agudas de amargas quejas, les propulsó a una manifestación gallarda de patriotismo.

Y prueba de ello son: La oferta hecha al Gobierno de S. M. por los Procuradores Generales de las Ordenes de entregar todo cuanto poseían para las atenciones de la guerra que nos amenazaba, y después, aquel hermoso cablegrama, cuyo texto es posible que por alguien se enmendase, pero que de todas suertes contenía la expresión de lo resueltas que estaban las citadas Ordenes a no servir de entorpecimiento para las soluciones de gobierno, si es que el de la metrópoli secundaba de quienes podían la secularización eclesiástica. Los «frailes manifestaban lo dispuestos que estaban, contando previamente con la Santa Sede a abandonar, aunque con sumo dolor estas islas por ellos cristianizadas». Y se pregunta el cronista: qué prueba más fehaciente de españolismo y de desinterés puede pedir nadie a las corporaciones religiosas de Filipinas⁵.

No vamos a insistir en las ideas del autor de «El Katipunán», ni en las del historiador de la guerra hispano-americana, expuestas en otro lugar de nuestro trabajo. Sí, en cambio, llamando una vez más la atención de que «no todo fue trigo limpio» entre las corporaciones religiosas. Lo cual nada tiene de extraño, por otra parte, tra-

4. M. SASTRON, «*La insurrección en Filipinas*», 361.

5. SASTRON; o. c., 362.

A este propósito el escritor José M. del Castillo y Jiménez se extiende en demostrar cómo todos fueron culpables en esta guerra sin cuartel que el odio de raza promovió contra las corporaciones religiosas, habiendo «aportado todos su tizona; unos con el odio y otros con la indiferencia».

El historiador se detiene en «la especie» que se había arrojado sobre los religiosos residentes en Filipinas, culpándoles de tal estado de cosas. Algún periódico madrileño llegó a afirmar que la conspiración se había fraguado en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, regida por los padres dominicos, lo cual —dice el historiador— no deja de ser una impostura que no tiene nombre.

Castillo y Jiménez vuelve aquí sobre la tesis de que los frailes fueron odiados porque significaban el ojo avizor que previene del peligro y aconseja el orden y el cumplimiento del deber. José M.^a del Castillo y Jiménez, «El Katipunán», pág. 67-69.

tándose, como se trata, de instituciones humanas. Los abusos de religiosos se condenan, pero se comprenden y no escandalizan a nadie.

Volviendo a la persecución religiosa en Filipinas, y como preámbulo de este breve capítulo a la que padecieron los agustinos, que seguidamente estudiaremos, es interesante el relato que nos hace el P. Antonio Redondo, ya libre del cautiverio, y en la ciudad de Hagonoy, el 12 de agosto de 1898, después de las mil peripecias que tuvo que pasar junto con otros compañeros arrestados por el barco «Leite» y dejados a medio camino y sin auxilio de ninguna clase.

El exprisionero agustino da cuenta de su estancia en la citada ciudad de Hagonoy, junto con otros compañeros, todos ellos religiosos y curas párrocos de distintos pueblos del archipiélago.

Se refiere luego, con palabras emocionadas, a su vida «que es un milagro» y a las peripecias que ha tenido que pasar en uno de aquellos remolcadores —«cascos» los llama el agustino— en que iban apiñadas más de 800 personas y eran arrastrados por el citado «Leita».

Una vez en manos de los rebeldes, fueron despojados de todo: de dinero, de ropa y de calzado; fueron abofetados; y además, durante el día se les obligó a trabajar en el arreglo «del camino más público», sin otro descanso que el preciso para comer, y sin poderse comunicar con nadie, ni poder recibir nada de los amigos.⁶

Con los puntos de vista del P. Redondo coinciden muchas cartas y relatos breves de los misioneros agustinos que escriben desde su prisión, más o menos dura, al P. Manuel Gutiérrez, entonces Prior Provincial. Todos ellos hablan de la penuria y miseria que les rodea; piden algo de ropa y algún dinero, ayuda al superior y manifiestan estar contentos en medio de su desgracia.⁷

Uno de los prisioneros P. Victoriano Andrés, le contaba a su Superior Mayor desde Cabiao el 24 de enero de 1899, cómo tenía

6. *Archivo Agustinos-Filipinos* de Valladolid núm. 4164.

7. El legajo del Archivo recoge varias cartas, todas ellas de tamaño cuarto, y algunas de ellas escritas en un papel cualquiera y a lapicero. Las hemos contado y revisado: son exactamente veinte cartas manuscritas, que constituyen otros veinte documentos expresivos de la persecución religiosa en Filipinas.

que dar gracias a Dios, pues se encontraba «bueno de salud» después de haber pasado mil penalidades.

Tuvo suerte al encontrarse con Mariano Llamera, cuando éste regresaba de Hong-Kong, pues, aunque estuviese en calidad de prisionero, nunca volvió a estar preso, ni nadie le faltó al respeto, pudiendo salir de paseo y permitiéndole decir misa todos los días.

En cambio, no podía hablar de igual modo de los compañeros residentes en San Isidro, los cuales gozaban de una salud muy precaria, siendo su necesidad extrema en todo ⁸.

Un seglar, amigo de los religiosos, escribe un suelto en el que explica al P. Provincial la necesidad en que se encuentran sus religiosos y cómo él les va dando algún dinero que espera «le abonen cuando puedan».

En otro de los documentos, éste dirigido en forma de oficio y firmado por el P. Joaquín Durán, se nos cuenta el modo de proceder de los insurrectos cuando llegaban a un pueblo y se apoderaban del convento. Era de ver cómo se llevaban todos los fondos de la iglesia y peculio particular, toda la ropa útil y los mejores muebles pertenecientes a la comunidad.

Los apologistas del general Aguinaldo se esfuerzan en exaltar los nobles sentimientos de que se hallaba revestido este prestigioso cabecilla. Hasta el punto de que, con el fin de resaltar más esta nobleza, se atribuyó a Andrés Bonifacio la muerte de los religiosos a pesar de las «terminantes prohibiciones del jefe superior». Ni negamos ni afirmamos que así fuera; pero es lo cierto que el jefe supremo y generalísimo del ejército insurrecto decretó muchas muertes y, como nos cuentan los propios cautivos, tratábales a éstos «con inaudita crueldad».

«Que Aguinaldo tuviese que obrar con absoluto rigor —escribe el P. Bernardo Martínez—, voluntaria e involuntariamente, se

8. En esta misma carta se nos da cuenta del P. Joaquín Durán, ya conocido por nuestros lectores, como autor de un libro, en extremo apologista, en favor de las Corporaciones Religiosas en Filipinas y de la labor llevada a cabo por los españoles en el Archipiélago. Aquí se nos dice que aún no se había restablecido de sus heridas y andaba con muletas.

deduce de la misma preponderancia e indiscutible prestigio de que estaba rodeado, y no es verosímil que alcanzase aquella reputación sin identificarse de alguna manera con sus tan poco humanitarios compañeros. He de admitir, sin embargo, que fueron muchísimos los que le excedieron en crueldad y que algunos de los atropellos quizás no pudiera evitarlos el renombrado cabecilla de la insurrección»⁹.

El mismo padre Martínez, testigo de excepción, nos dice con cierto desenfado y un tanto molesto por los absurdos que se corrían por Madrid, que los asesinatos de los religiosos estaban sirviendo de pretexto para pregonar que la revolución dirigíase contra las corporaciones religiosas. Y argumenta con buena lógica nuestro historiador diciendo que, en este caso, fácil hubiera sido aniquilar a todos los curas párrocos regulares, residentes en las Islas, pues la mayoría de ellos se encontraban en sus puestos, sin otras fuerzas ni protección que la Divina Providencia. Y añadía: «Soy testigo de ello; como soy también testigo de la soledad en que he vivido desde que estalló la insurrección hasta el día 2 de junio de 1898»¹⁰.

En la misma forma se hallaban la mayor parte de los compañeros del que más tarde habría de ser ilustre prelado español. Pero aquella tan decantada hostilidad hacia los religiosos venía muy bien para los fines de propoganda de los líderes del movimiento insurreccional. Era muy lógico que se apelaran a estos recursos, porque era menester derruir el único pedestal de la justicia y patriotismo que quedaba en el archipiélago. De este modo, se destruía la fuerza moral, todavía muy superior a la de las armas españolas.

En este aspecto son muy significativas dos cartas originales del propio Emilio Aguinaldo, dirigidas al benemérito y ejemplar agustino P. Tomás Espejo¹¹. Aguinaldo se muestra en ellas agradecido y respetuoso con los padres que tanto han hecho por su patria. Lo cual indica que, de no ser un hipócrita, —lo que realmente no creemos—, las iras de la revolución no se dirigían tanto, al menos en sus propósi-

9. B. MARTINEZ, *op. cit.* 485.

10. *Ibid.* 485.

11. Las dos cartas de Aguinaldo son del tenor siguiente:

(1) "Imus y Enero 8-97:

tos y deseos, contra los religiosos, como contra los odiados «castilas». Sin embargo, los cabecillas subalternos y la chusma no siempre siguen en sus sentimientos a los capitanes de insurrección, y la persecución religiosa se hizo con derramamiento de sangre inocente y con malos tratos o cautiverios de hombres destacados entre los que tuvo en todo tiempo el archipiélago de Filipinas.

R. P. TOMAS ESPEJO. Mi distinguido y respetado señor: Después de saludar a V.R. y desear que ésta mi grata le encuentre bueno y sano en compañía del P. Predicador, a quien también le envío mis respetos, paso a manifestar a V.R. que desde estos lugares bendecimos a sus generosidades, no encontrando frases para significar el agrado que nos ha causado conocer a hombres como V.R. que, no solamente cumple su misión santamente, sino que siempre se demuestra y ha demostrado que en sus venas corren la nobleza y la que muchas veces solían decir sus paisanos, hidalguía española. Sí, Padre, cada vez que contemplo su gran corazón elevaba mis ojos a Dios, y siempre he dicho y decía que si todos los españoles fueran como ustedes no hubo ni habrá insurrección; y conste, pues, R.P. que esta impresión ha motivado los repetidos abusos, atropellos y maquinaciones de sus consanguíneos que nos quisieran mal: puesto que si no se ha conmutado esto no habría tenido tal revuelta, y prueba más clara las repetidas deportaciones e inhumaciones que se han verificado y se están verificando diariamente por mera insinuación de los españoles.

Me avergüenzo en significar a V. R. todo lo que acabo de relatar; pero no puedo dejar de no hacerlo en la convicción de lo que la verdad se debe decir y nunca callarse; y conste también R.P., que sólo perseguimos la libertad, don que el Omnipotente nos concedió al crear a todo ser viviente, así es que jamás he permitido ni permitiré a mis subordinados, como lo he prometido, todo género de inhumanidades y salvajismos, como suponen los españoles todos de Manila.

Temo alargar esta carta para no molestar tanto la atención de V. R. a quien doy repetidas gracias por haber cumplido su promesa de defender a sus feligreses, y dignese admitir este pequeño recuerdo que desde hace días le tiene preparado su affmo. y S.S.q.b.s.m. Emilio Aguinaldo.

“R. P. TOMAS ESPEJO. R. Padre: Su atenta carta de usted fecha 20 del que rige, me ha dedicado unos ratos de placer; y hoy me encuentro enterado de cuanto en ella usted me dice.

No puedo menos de darle gracias por lo que usted me comunica acerca del bando del Sr. Polavieja, lo cual considerándolo bien, parece ser una gracia especial que se concede a cuantos hijos tratan de emanciparse de la Madre España.

Sus consejos son santos y laudables, que si se pudieran reducir al terreno de la práctica, sin quedarse estacionados para siempre en la mente humana, traerán consigo la paz que usted necesita; más creo una imposibilidad absoluta para que nos hagan acreedores de semejantes beneficios.

Pues dada la conducta del Sr. Polavieja observada en Cuba cuando se trató del indulto, pierdo toda esperanza, y niego la fe que debo a su

palabra por aquel derramamiento de sangre de muchos inocentes que torpemente se acogieron al indulto, muriendo todos cruelmente en la mayor desesperación.

Yo y mis súbditos perseguimos el más santo de nuestros derechos, cual es el libertar nuestra raza de la esclavitud en que hace más de tres siglos vive oprimida.

Hoy no atendemos esas malas inclinaciones que usted menciona, ni el olvido del cumplimiento de nuestros deberes, causa de sangrientas injusticias, sino que seguimos el impulso de nuestro sentimiento patriótico, que nos empuje a afrontar los peligros inauditos para labrar la felicidad de nuestros hijos.

Obra magna es ésta que pide grandes sacrificios, seguido del derramamiento de mucha sangre, pero no importa; porque esto es bien poco con respecto al fin sublime y santo que nos propusimos alcanzar al intentar coger las armas contra España.

Por esto estamos decididos a sacrificar nuestra vida, hasta que veamos asomar de boca de nuestros compatriotas la bendita frase de ¡Viva Filipinas!, para siempre separada de España y conquistada a fuerza de heroísmo de nuestros moradores.

Siento en el alma no poderle complacer, porque esto del indulto es una pildora dorada del Sr. Polavieja, que quiere hacernos tragar. Basta un dedito de frente, para que se conozca el engaño que es el indulto publicado. Se ha visto a la luz del día el fusilamiento de tantos inocentes que, a fe mía, no tuvieron participación ni en lo más mínimo, en estos sucesos que veníamos atravesando.

Imploro la muerte de mis paisanos inocentes, y en su ejecución fue testigo la naturaleza que ha presenciado la voracidad y conducta cruel de esos hombres, en quienes V.R. supone demasiada benignidad. Desengañése V. R. y crea que su espíritu religioso jamás se anidará en el ánimo de esos engañadores, que con el disfraz de caritativos amenazan despedazarnos en sus agudas garras, como lo hicieron a aquellos malogrados paisanos míos, cuyos nombres no quisiera recordar; no quiero ver, no, me da vergüenza mirar esa cara negra de traición.

Más que nunca insisto en el propósito de derramar hasta la última gota de mi sangre para libertar a mi tierra de manos opresoras, y que con esto damos cumplimiento al más santo de nuestros propósitos.

Termino la presente, no sin hacerle constar, que es indigno de caballeros que se tienen por nobles esa gritería que arman de ¡Viva España! al final de la ejecución de inocentes que sucumben heroicamente en aras de su patria. Denigrante nota para una raza que se dice ser modelo de nobleza...

Dispense V. R. el que dé rienda suelta a mis sentimientos porque es tal la confianza que me inspira su persona para que pierda de la memoria la idea de que me dirijo a un ministro español cuyo delicado amor propio puede herirse.

Espero de usted se servirá comunicar a amigos de su confianza, co-

mo también al Predicador general de su Orden, que yo y mis súbditos sin orgullo estamos dispuestos a recibir pecho a pecho el golpe que amenazan darnos. De usted affmo. y s.s.q.b.s.m.

E. Aguinaldo

21 de Enero de 97.

TEOFILO APARICIO

(Continuará).